

Hay ciertos pequeños pueblos del interior donde el progreso parece haberse detenido desde hace años. Igual ocurre en algunos suburbios de Montevideo. El montevidéano que pasa algunos días en ellos, suele sorprenderse de ese aspecto calmoso, de vida inmovilizada, que por momentos presenta todo lo que lo rodea, un aire antiguo, como de días detenidos, un ritmo lento, como de vieja serenidad incommovible, parece cernirse sobre los árboles, las calles, las casas, las personas. La vida se remansa; todo suelta un aire nostálgico como poblado de viejas cosas queridas, desde mucho tiempo olvidadas y reencontradas ahora como dentro de una nube de soledad y silencio. A la inversa, el hombre del interior suele sorprenderse, al visitar de nuevo Montevideo, con los cambios sufridos por la ciudad a través de los años. Siente el avance devorador del tiempo que, prodigiosamente, va destruyendo muchas cosas y todo lo renueva con una urgencia un poco parecida al caos. Donde hubo un viejo edificio, hay ahora un bloque de modernos apartamentos; la vieja Pasiva no existe; barrios enteros han perdido su fisonomía y cambiado su carácter. El rostro de la ciudad que el visitante guardaba en su memoria ya no existe; un nuevo rostro sustituye al anterior y bajo sus fisonomías es necesario redescubrir aquél que se conservaba con toda la suave nostalgia del recuerdo. De los recuerdos, que le daban calor y vida. Ante esta ausencia de continuidad que parece descartar todo vínculo con el pasado y ante aquel arraigo en la quietud que parece descartar el avance de la vida, ¿qué pensar? El cambio, ¿implica necesariamente destruir las raíces que nos ligan al pasado? El arraigo ¿supone ineludiblemente la imposibilidad del cambio?

Planteadas en estos términos de tajante antagonismo, la oposición arraigo-renovación adquiere un carácter doloroso. Nuestro yo es dinámico, tiende al futuro y aspira al cambio, pero, al mismo tiempo, nuestro yo no se resigna a perder esa sobrevida, cargada de serenidad y nostalgia, que nos ofrece el pasado. La imagen del pueblecito, con su vida remansada, defendida, no es grata; nos place también la idea de la renovación, que ensancha el horizonte vital, que suma vida a la vida. Porque cuanto mayor plenitud interior se posee a mayor plenitud se aspira, y tanto la imagen del pasado, que no envuelve en una ola de ajenas vidas y de nuestra propia vida pasada, como la renovación, que verifica en rea-

lidad presente algunas de las posibilidades futuras, son vías para llegar a ese término de mayor plenitud. Por eso, esta necesidad de optar entre arraigo y renovación tiene un perfil dolorosamente inquietante y hasta compromete nuestro ser moral. En la opción matamos cosas, va que elegir es simultáneamente desear. Al desear, bienen interiores que nos parecen deseables, para elegir otros, al parecer mejores, practicamos una especie de mutilación parcial de nuestro ser. Y esto supone un máximo de responsabilidad moral. Pero, ¿es necesaria la opción entre arraigo e inquietud renovadora, de tal modo que lo uno excluya ineludiblemente a lo otro? Esa aparente oposición, ¿es realmente insuperable? Estos dos elementos que tienen todo el aspecto de lo contradictorio, ¿no encontrarán la síntesis en que, dialécticamente, se integren armónicamente? Vivir es moverse en el seno de lo contradictorio. Pero la vida en lo que tiene de más noble y auténtico no busca destruir sino superar. Por eso, las vidas más auténticas y profundas se mueven en esa zona de peligrosísimo equilibrio constituida por ese filo donde las contradicciones armónicamente se ignoran. No creemos, pues, imposible la conciliación de la necesidad de arraigo en el pasado y la inquietud renovadora.

Nuestra vida es un movimiento continuo e indestructible desde un antes hacia un después. Esa abstracción que llamamos presente, y que puede parecernos una inmovilización de ese movimiento, es sólo la conciencia que adquirimos de ese movimiento mismo. Ese movimiento es nuestro pulso vital; adquirir conciencia del instante es como contar los latidos del ritmo de nuestra vida. Vivir es, por eso, apoyarse simultáneamente tanto en el pasado como en el futuro; esa proyección constante desde el antes hacia el después nos obliga, queramos o no, a tener en cuenta tanto lo que ya no es como lo que será. Nuestra vida se sostiene, pues, en todo momento, entre ese sedimento cristalizado que es lo ya vivido y ese arco iris de posibilidades que es lo aún por vivir. En principio pareciera que ese estar colocados entre lo que ya no es y lo que no es todavía, nos sitúa entre un colquio de fantasmas. Pero no es así. Esas formas cristalizadas que el pasado nos ofrece tienen una manera de existencia: fueron vida y conservan su aroma y encapsulan su esencia; esas formas de vida entrevistadas que en su abanico de posibilidades nos ofrece

el futuro, son vida en "status nas-cens", protoplasmáticas formas de un ser que será. De este modo, el quehacer constante de nuestra vida es establecer una relación entre esos dos extremos, entre esos dos brazos de nuestro compás vital. Al relacionarse entre sí, el futuro entrevisto revitaliza el pasado y éste, a su vez, se proyecta en el futuro. La luz de amanecer que proviene de ese horizonte vital naciente que es el futuro, ilumina y da nuevo sentido al pasado, y el pasado deja de ser vida muerta para constituirse en raíz vital, en cantera de experiencia que de algún modo rige y orienta al futuro. La contemplación de lo que fue, de la vida sosegadamente inmovilizada en el pasado no es entonces un modo estático de vida interior sino dinámico empuje hacia el futuro, ni el afán o inquietud renovadora es un acto de rebeldía contra el pasado, ni quiebra la armonía del latir del corazón vital. De este modo la oposición arraigo-renovación se destruye. No hay oposición sino síntesis. El pasado, individual o colectivo, es la tierra fecunda del alma; el afán de renovación es un motor de vida. Nuestra vida, renovándose apoyada en el pasado, es una línea melódica que avanza y crece, no un caos de notas disonantes e inconexas.

Pensemos de nuevo en aquel pueblecito al que nos referimos al comienzo. En su sosegamiento en que la vida está aquietada nos sumergimos como en un baño de agua clara. Quizás, en lo alto, una nube cueлга del azul, inmóvil, algodonosa, efímera y, sin embargo, con el aspecto de una inmutable permanencia. Nada nos perturba y esa quieta soledad silenciosa nos complace. En esos instantes nos es grato lo que la vida tiene de ausencia de prisa. Todo un pasado difuso, sin rostro preciso, parece entonces actuar sobre nosotros. Es bueno y conveniente, a veces, con calma faraónica, dejarse bañar por esa sensación. Es como una absorción de raíces de vida, un apresar de esencias vitales. Pensemos luego en aquel cambio que todo lo renueva. Pero pensemoslo sabiendo que el alma tiene ojos para ver, como al trasluz, lo viejo en lo nuevo. "Lo que fue" suelta entonces en "lo que es" como un aroma de viejo vino. Y podemos complacernos también con esta renovación constante de la vida que ensancha su corazón. Sabemos entonces que el río del oscuro Heráclito sigue andando, pero que es siempre el mismo viejo río incommovible, eterno.